



Platicabulo Writer's House

Free Expression Workshop

FEW-2003000000000106

México

Etienne el zapatero



Son vestidos para pies, lo que nosotros llamamos zapatos, zuecos, botas, chanclas, alpargatas, huaraches, calcetines, medias, y en plural calzado. Un par de zapatos es un elemento singular, aunque comprenda dos zapatos, y un buen par de zapatos, cualquiera que sea su modelo, es aquel que nos permite andar sin trastornos, con comodidad, y contribuye por tanto en forma importante a nuestro bienestar general y eficiencia locomotora.

Etienne, un francés de los Pirineos centrales, era mi zapatero de confianza. Él reparaba todo, adecuaba todo lo que significara calzado, no importaba que requerimientos especiales tuvieran sus clientes, siempre encontraba una solución. Él mismo tenía un problema serio de locomoción por una deformidad en una de sus piernas, lo que requería de tecnología especial en sus botas, sobre todo para movilizarse en su bicicleta, especialmente acondicionada.

Etienne había recorrido media Europa en su bicicleta, cargando con los aperos de su oficio y ejerciéndolo en forma ambulante. Un buen día llegó a Berdía, en la comarca regada por el Sionlla y el Tambre. Como llegó un domingo temprano, su primera actividad fue asistir a misa en el templo Parroquial de Santa Marina, y allí estaba Conchita, una robusta morena de ojos pardos que lo encandilaron, fulminando inmediatamente sus débiles defensas de itinerante solitario. Conchita era hija de una madre soltera y un gitano malandrín, maquillador de caballos y asnos, lo que le restaba pretendientes serios en la región, debido a los prejuicios alentados por la siempre presente moralina mojigata. Conchita y Etienne se hablaron durante unos días y pronto llegaron a acuerdos trascendentes, con la anuencia y bendición de Doña Concha. La consigna era casarse, lo que hicieron en cuanto Etienne consiguió sus papeles que lo acreditaban como buena persona.

La casa de mamá Concha tenía un alpendre vacío que Etienne acomodó como taller, donde se estableció como empresario sedentario por primera vez en su vida. Como no tenía competencia en la región el negocio prosperó desde el primer momento.

Yo tenía unas botas que se me habían quedado cortas y decidí llevárselas a Etienne para que les hiciera los complementos necesarios, para alargar lo más posible su ciclo de servicio. Al llegar no encontré a nadie en el taller, así que llamé a la puerta de la vivienda. Abrió Tieniño, el primogénito, que tenía entonces como cuatro años, y me guió hasta el dormitorio familiar, donde Conchita estaba en labores avanzadas de parto. Como no estaba doña Concha, era el propio Etienne quien estaba haciendo de partero, así que inmediatamente me enroló como ayudante. Mi experiencia en estos trances no era despreciable, pues había ayudado hartas veces en el nacimiento de becerritos, perritos, cochinitos y hasta alguna vez gatitos. Técnicamente hablando, aparte el alma, no existe mucha diferencia. Lo importante era la asepsia, así que me dediqué a hervir un fardo de trapos para usarlos en el proceso de limpieza. Como Conchita era ya una madre veterana todo fue sin ningún contratiempo. En menos de media hora teníamos a Bastianiño berreando con saludable vigor. Una cuchilla filosa, hervida previamente, sirvió para cortar el cordón umbilical, que habíamos estrangulado con un hermoso pedazo de cordel de lezna de zapatero. Estábamos lavando cuidadosamente a Bastiano cuando llegó Doña Concha, que asumió gustosa el control del proceso de allí en adelante.

Jacobus Parvus

Mayo 18, 2003

D.R.© Platicabulo

Ser Mejor para servir mejor